

Movióme la curiosidad de saber por qué un príncipe cuyos Estados son inaccesibles, cuidaba de instruir á sus vasallos en la práctica de la disciplina militar; pero muy presto me informé por las conversaciones que sobre este objeto tuve con ellos y por la lectura de sus historias. Aquellos pueblos se han visto afligidos en estos últimos siglos de la enfermedad á que están sujetos tantos y tan distintos gobiernos. Los grandes y la nobleza disputan frecuentemente el poder, el pueblo la libertad, y el rey el dominio arbitrario. Estas cosas, aunque sabiamente regladas por las leyes del reino, han ocasionado alguna vez partidos, inflamando las pasiones y causando guerras civiles. La última fué terminada con felicidad por el abuelo del príncipe reinante, y la milicia que entonces se levantó en el reino ha permanecido despues para precaver nuevos desórdenes.

CAPITULO VI.

El rey y la reina emprenden un viaje hácia la frontera, llevando consigo el autor. Detalle de circunstancias ocurridas en su salida de aquel país para volver á Inglaterra.

Siempre conservé en mi ánimo la esperanza de recobrar algun dia la libertad, aunque no podia concebir de qué modo, ni formar proyecto ninguno con la menor apariencia de acierto. El barco que me habia conducido, y que habia encallado en aquellas costas, era el primer buque europeo que se supiese haber aportado allí, y el rey habia dado órdenes muy estrechas para que en cualquier tiempo que se presentase otro, le sacasen á tierra, y poniéndole sobre un carro con todo su equipaje y pasajeros fuese conducido á Lorbrubgrud.

Deseaba con vivas ansias encontrar una mujer de mi propia talla con quien pudiese multiplicar mi especie; pero yo hubiera preferido la muerte al cruel destino de procrear en un país donde mis hijos infelices serian forzosamente enjaulados como canarios y vendidos por todo el reino á las gentes de calidad como

unos animalitos esquisitos y raros. Es verdad que me trataban con mucha bondad, que era el favorito de los reyes y el recreo de toda la corte en cierto modo; pero todo esto dependia de un concepto indecoroso á la dignidad con que me habia honrado la Naturaleza. Por otra parte no podia olvidar aquellas preciosas prendas que habia dejado en mi casa y deseaba con impaciencia verme entre pueblos donde pudiese tratar con mis iguales, y gozar la libertad de pasearme por las calles y campos sin temor de recibir un puntapié, morir estripado como una lagartija ó ser el juguete de un perrillo. Al fin llegó mi libertad antes que yo la esperaba, y de un modo bastante raro, así como voy á referirlo fielmente con todas las circunstancias de este admirable suceso.

Hacia ya dos años que estaba en aquel país. A principios del tercero Glumdalclitch iba conmigo entre la comitiva de los reyes en un viaje que emprendieron hácia la costa meridional del reino. Yo iba, como siempre, en mi cajon de camino, que era un gabinete bastante cómodo de doce piés de anchura, y sobre sus cuatro ángulos habian formado por disposicion mia una especie de angarillas aseguradas con cordones de seda para que no me molestase tanto el trote

del caballo, en que un criado me llevaba delante de sí; y en el techo del mismo cajon habia una ventana de un pié en cuadro para que entrase el aire, con su puerta correspondiente que cerraban ó abrian cuando yo lo mandaba.

Habiendo llegado al término de nuestra marcha resolvió el rey pasar algunos dias en una casa de recreacion que tenia junto á Flanflasnic, ciudad situada á diez y ocho millas inglesas de la costa. Glumdalclitch y yo íbamos muy fatigados; mi indisposicion no pasaba de un resfriado, pero ella se sentia tan mala que no salia de su cuarto. Queriendo ver el Océano fingí que mi enfermedad era mayor para obtener la licencia de acercarme á tomar los aires del mar al cuidado de un paje, á quien me habian confiado otras veces y era de mi gusto. No olvidaré jamás la repugnancia con que lo consintió Glumdalclitch, la estrecha obligacion que impuso al paje para que me cuidase, y las lágrimas que derramó como si tuviera algun presagio de lo que me habia de suceder. Cogió el paje mi cajon, y llevándome cerca de media legua de distancia del palacio, hácia unas rocas que guarnecian la ribera, le mandé que me pudiese en el suelo, y levantando el basidor de una ventana, me puse á mirar con suma tristeza. El

sueño me perseguía bastantemente, y habiéndoselo manifestado con la esperanza de que me aliviaria, cerró bien la ventana para que el frío no me incomodase, y me quedé dormido al instante. Todo lo que puedo conjeturar es que, mientras dormía, creyendo el buen paje que no había riesgo, trepó por las rocas á buscar huevos de pájaro, que antes le habia visto ya recoger. Sea como fuese, yo desperté repentinamente por un violento vaiven de mi cajon, levantado en alto, y sucesivamente conducido adelante con una velocidad prodigiosa. El primer impulso me echó casi fuera de las angarillas; pero siguió un movimiento bastante suave que me repuso. Principié á gritar con toda mi fuerza, aunque inútilmente. Miré al través de la ventana; no ví más que nubes, y oyendo un ruido espantoso encima de mí, como si fuera el movimiento de unas enormes alas, vine ya en conocimiento de mi peligrosa situacion, sospechando que alguna águila hubiese cogido en su pico el cordon de mi cajon con el designio de dejarle caer sobre cualquier peña como á un galápago en su concha y extraer luego mi cuerpo para devorarlo, pues la sagacidad y olfato de este pájaro le descubren la presa á la mayor distancia, aunque esté más oculta que yo podía

hallarme entre unas tablas que apenas tenían dos pulgadas de grueso.

Al cabo de un rato noté que el ruido y movimiento de las alas se aumentaba mucho, y que mi cajon fluctuaba por el aire al modo de una insignia de tienda agitada por la fuerza del viento. Oí unos terribles golpes que descargaban sobre el águila, y enseguida me sentí caer de pronto y perpendicularmente por espacio de un buen minuto, pero con una viveza increíble. Mi caída terminó con un estruendo tan grande, que me pareció tener junto á mis oídos nuestra cascada del Niágara; quedé en tinieblas por espacio de otro minuto, y despues principió á subir el cajon, de manera que pude ver la luz por la parte superior de su ventana.

Entonces conocí que habia caído en el mar y que mi gabinete iba á discrecion de las olas. Yo conceptué, y lo creo así, que el águila que me llevaba, perseguida de otras dos ó tres, se vió obligada á soltarme para defenderse de sus enemigas que la disputaban la presa. Fué mi fortuna que las planchas de hierro que sujetaban el cajon por abajo, conservaron el equilibrio y evitaron su destruccion en la caída.

¡Cómo clamaba yo en aquel lance á mi amada Glumdalclitch, de quien me habia alejado

tanto este impensado accidente! Puedo asegurar con verdad, que en medio de mis desdichas ocupaban el primer lugar las de aquella inocente, que se me presentaba en el mayor conflicto por mi pérdida y en desgracia de la reina. ¡Qué viajero se habrá visto en tan terrible situación! Solo esperaba el instante en que, destrozado mi cajón, ó cuando menos volcado á impulsos del viento, me sepultaba entre las olas. No daba por mi vida un cuarto. Toda la defensa de la ventana consistía en unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por fuera, para precaver en algún modo las ordinarias incomodidades de una marcha. Vela entrar el agua por las aberturas; traté de taparlas, pero ¡qué conseguía si mis fuerzas no alcanzaban á levantar el techo del edificio para conservarme encima y no perecer en aquella especie de bodega sin respiración!

En tan deplorable estado oí, ó el deseo me lo fingió, algún ruido hácia un lado del cajón, y á corto rato advertí que tiraban de él y en cierto modo lo remolcaban, pues de tiempo en tiempo sentía algún esfuerzo que hacia subir las olas hasta la altura de la ventana, dejándome en una casi total oscuridad. Ya principié á concebir algunas esperanzas de socorro, aunque

débiles, porque no podía imaginarme de dónde podían venirme. Subí sobre una silla, y aplicando la cabeza á una pequeña abertura que habia en el techo, prorumpí en espantosas voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas sabia. Até mi pañuelo á un bastón, y sacándole fuera le movia hácia todas partes, para que si acaso estaba inmediato algún buque ó navío, pudiesen inferir los marineros que habia un desdichado mortal encerrado en aquella caja. Yo no advertia que todo esto produjese el menor efecto; pero si conocí con evidencia que mi cajón era tirado hácia adelante. Al cabo de una hora sentí que tocaba en una cosa muy dura, y temiendo desde luego que fuese alguna roca, me alarmé todo. Oí un golpe en el techo como si fuera de un cable, y notando que habia subido muy lentamente, lo menos tres piés más de la situación en que habia estado, volví á sacar mi bandera implorando socorro con tanto esfuerzo, que me puse ronco. En respuesta escuché grandes aclamaciones, repetidas hasta tres veces, las cuales me infundieron tanta alegría, que solo el que la siente puede imaginarla. Al mismo tiempo sonaron pasos encima, y arrimándose uno hácia la abertura, gritó en inglés: ¿Hay aquí alguno? ¡Ojalá no le hubiera! respondí prontamente. Yo

soy un pobre inglés reducido por la fortuna á la calamidad mayor en que jamás se ha visto criatura humana: por amor de Dios, libradme de este calabozo. Respondióme la misma voz: Tomad aliento, no teneis que temer; vuestro cajon está amarrado al navio, y vá á pasar el carpintero para hacer un agujero en el techo y sacaros de ahí. Yo repliqué: no es necesario, y esta operacion exigia mucho tiempo; basta que cualquiera del equipaje meta un dedo por el cordon, y sacando el cajon del mar al navio, le lleve luego al cuarto del capitán. Algunos de ellos que me oyeron hablar así me tuvieron por un pobre insensato, y no pudieron contener la risa. Yo no pensaba, ni remotamente, que estaba entre hombres de mi talla y de mi constitucion. El carpintero pasó, y en pocos minutos hizo una abertura á la cual me presentó una pequeña escalera, y subiendo por ella entré en el navio en el estado más débil.

Los marineros quedaron absortos al verme, y habiéndome hecho varias preguntas, no tuve valor para contestar á ninguna. Todos me parecieron pigmeos, porque la vista estaba ya acostumbrada á aquellos objetos monstruosos que acababa de dejar. Pero su capitán, el señor Thomas Wilestcks, hombre de providad y méri-

to, originario de la provincia de Salop, advirtiéndome que mi debilidad era extremada me hizo entrar en su cuarto, me dió un cordial para repararme, mandándome acostar en su cama, y me aconsejó que me recogiese un rato, pues tenia necesidad de sosiego. Antes de dormirme quise darle cuenta de que tenia cosas exquisitas en mi cajon, una cama de campaña, dos sillas, una mesa y un estante; que mi cuarto estaba entapizado, ó por mejor decir, acolchado de tela de seda y coton; que si gustaba dar órden á alguno de su equipaje que llevase mi habitacion á su cuarto, yo la abriria en su presencia y le mostraria mis muebles. El capitán, que me oyó hablar tales absurdos, me tuvo por loco; sin embargo, para contentarme me ofreció hacerlo así, y subiendo á la tilla, envió algunos de su equipaje para el registro.

Dormí algunas horas, pero siempre agitado de la idea del país que recientemente dejaba y del peligro en que me habia visto. No obstante, cuando desperté me hallé muy bastantemente reparado. Eran las ocho de la noche, y el capitán, creyendo que hubiese pasado mucho tiempo sin comer, mandó luego al punto que me sirviesen la cena. Tratóme con la mayor decencia, aunque habia notado que la travesura

de mis ojos no indicaba el mejor juicio. Luego que nos dejaron solos me suplicó que le hiciese relación de mis viajes, y le declarase por qué accidente habia sido abandonado á la voluntad de las olas en aquel cajon. Me dijo que seria el medio dia cuando hallándose en observacion con su anteojo le descubrió muy distante; que creyó fuese un pequeño barco, y determinó buscarle para comprar bizcocho, porque el suyo se iba acabando; que habiéndose acercado conoció su error, y enviando la chalupa á reconocer lo que era habia vuelto su gente toda asustada, jurando que habian visto una casa flotante. Que se habia reido de su boberia, y pasando personalmente á la chalupa, mandó á los marineros llevasen consigo un cable bastante fuerte. Que como estaba el tiempo en calma, despues de haber remado alrededor de aquel gran cajon y dado la vuelta varias veces, descubrió una ventana, y dando orden de remar y acercarse por aquel lado, pudieron prender el cable al pestillo y llevarle á remolque, á cuyo tiempo vieron mi baston con el pañuelo, y no le quedó duda de que algunos infelices venian allí encerrados.

Le pregunté si él, ó su equipaje no habian visto en el aire unos pájaros prodigiosos al tiem-

po que me descubrieron, á lo cual respondió, que hablando con sus marineros sobre esta aventura, mientras yo habia estado durmiendo, uno de ellos le habia dicho haber visto tres águilas volando hácia el Norte; pero que no le habian parecido mayores que las comunes. Es preciso imputar esto á la inmensa altura en que se hallaban, segun creo, como tambien que él no pudo discurrir á qué se dirigia mi curiosidad. Continué preguntándole á qué distancia juzgaba que estuviésemos de la tierra, y me contestó que por el cálculo más ajustado estábamos á cien leguas. Pues vivís equivocado casi en la mitad (le repliqué yo), y debeis saber que cuando caí en el mar, apenas habria dos horas que habia dejado el pais de donde vengo. Esto acabó de ratificarle el concepto de que mi cerebro estaba perturbado, aconsejándome que me volviese á la cama en un cuarto que habia mandado prepararme. Yo le aseguré que me hallaba ya muy sereno, gracias á su buen pasaje y dulzura del trato, y que conservaba el libre uso de la razon y de todos mis sentidos tan perfectamente como podia apetecer. Púsose un poco sério, y con toda formalidad me pidió que le dijese francamente si no sentia algun remordimiento interior, ó si no me acusaba la conciencia de algun crimen,

por el cual hubiese sido condenado de orden de algun príncipe y expuesto en aquel cajon, como á veces se ejecutaba en ciertos paises, donde los delicuentes eran abandonados á discrecion de las olas dentro de una embarcacion sin velas ni viveres; que aunque le fuese muy sensible haber recibido en su navio á un malhechor semejante, me prometia, no obstante, bajo palabra de honor, ponerme á seguro en el primer puerto donde llegásemos, añadiendo que sus sospechas se habian aumentado por algunos discursos muy absurdos que habia yo hecho desde luego á sus marineros, y habia continuado con él acerca de mi cajon y de mi cuarto, como tambien por la descompostura que se notaba en mis ojos, y la singularidad de mis ademanes.

Le rogué tuviese la paciencia de escuchar la relacion de mi historia, que le hice muy fielmente desde la última salida de Inglaterra, hasta el instante en que me habia descubierto. Y como la verdad se abre siempre camino en los espíritus razonables, aquel prudente y dignocaballero que estaba dotado de un buen juicio, y no dejaba de tener bastante instruccion, quedó satisfecho de mi candor y sinceridad. Mas con todo, para confirmar lo que le habia referido, le supliqué diese orden de que llevasen allí mi es-

tante, y tomando las llaves que conservaba en la faltriquera, le abrí en su presencia y fui enseñándole todas las curiosidades trabajadas en aquel país de donde habia sido sacado de un modo tan extraño. Estaba entre otras cosas el peine que habia formado de las barbas del rey, y otro de la misma especie, cuyo lomo era de un desperdicio de la uña del dedo pulgar de S. M. Allí estaba tambien un paquete de agujas y otro de alfileres de pié y medio de largos, y un anillo de oro que cierto dia me regaló la reina de una manera muy apreciable, sacándole de su dedo pequeño y poniéndomele sobre los hombros como un collar. Instéle á que tomase este anillo en recompensa de sus favores, pero se negó absolutamente. Al fin le hice que examinase con curiosidad los calzones que llevaba, que eran de la piel de un raton.

El capitán quedó muy satisfecho de mi relacion pidiéndome que á nuestro regreso á Inglaterra me dedicase á escribirla y darla al público. Yo le respondí que me parecia teniamos ya demasiados libros de viajes, que mis aventuras pasarian por un perfecto romance y una ficcion ridicula; que mi obra no podia contener más que descripciones de plantas, de animales extraordinarios, leyes, costumbres y usos ca-

prichosos; que estas descripciones eran muy comunes y se habian hecho ya fastidiosas; y que no teniendo que decir otra cosa de mis viajes, no merecerian la pena de ser leidos. Pero le dí gracias por el buen concepto con que honraba mi talento.

Mostróse un poco aturdido de oirme hablar tan alto y me preguntó que si el rey y la reina de aquel país eran sordos. Fué preciso decirle que estaba acostumbrado á hablar en este tono más de dos años habia, y que yo tambien hallaba novedad en su voz y la de su gente, que me parecia hablarme siempre en secreto junto al oido, pero que sin embargo los entendia bien. Que cuando hablaba en aquel país era siempre como el que contesta á otro que le pregunta desde las ventanas de un campanario, excepto en ocasiones que me ponian sobre una mesa ó me tenian en la mano. Tambien le dije que habia notado otra cosa, y era que luego que entré en su navío y ví á sus marineros en pié alrededor de mí, me habian parecido sumamente pequeños. Que desde que me hallaba allí estaba privado de mirarme á un espejo, porque mi vista, acostumbrada á grandes objetos, me hacia despreciable á mí mismo. A esto me respondió el capitan que mientras estaba cenando habia

notado él tambien que miraba todas las cosas con cierta especie de desprecio y le habia parecido que me costaba pena reprimir la risa; que dudó cómo tomar esto, y por último, lo habia atribuido á trastorno de mi cerebro. Dijele que ni yo sabia cómo habia podido contenerme al ver sus platos, que no eran mayores que una moneda de tres sueldos, una pierna de carnero que apenas tenia un bocado, un vaso más pequeño que una cáscara de nuez, y continué así haciendo la descripción de los demás utensilios y viandas que comparecieron. Pues aunque la reina me habia surtido de todo lo necesario para mi uso con proporcion á mi talla, mi idea estaba totalmente ocupada de aquellos objetos que continuamente veia, y me sucedia lo que á todos los hombres que incesantemente están considerando á los demás, sin considerarse á sí mismos ni para la atencion en su pequeñez. El capitan, haciendo alusion á un antiguo proverbio inglés, me replicó que segun esto, mis ojos serian más grandes que mi vientre, pues no habia advertido que hubiese comido mucho, sin embargo de haber pasado todo el dia en ayunas; y prosiguiendo en el estilo burlesco añadió que hubiera dado con gusto cien libras esterlinas por el buen rato de ver mi cajon en

el pico del águila y desprenderse despues en el mar desde una altura tan grande, que ciertamente sería un espectáculo muy extraño y digno de ser trasmitido á los siglos venideros.

Este señor Wileck, volviendo de Tungrur con rumbo para Inglaterra, se hallaba extrañado hácia el Nordeste á cuarenta grados de latitud y ciento cuarenta y tres de longitud; pero á los dos días de estar yo en su compañía se levantó un viento de estacion que nos dirigió al Norte por bastante tiempo, y costeando la Nueva Holanda hicimos nuestro rumbo hácia el Oeste-Noroeste y despues al Sudocoste, hasta que hubimos doblado el cabo de Buena Esperanza. Nuestro viaje fué feliz y no quiero fastidiar al lector con su prolija relacion. Baste decir que anclamos en uno ó dos puertos para proveernos de víveres y hacer aguada; yo no sali del navio hasta que llegamos á las Dunas, que si no me engaño, fué el 3 de junio de 1706, cerca de nueve meses despues de mi libertad. Dije al capitán que le dejaria mis muebles empeñados á la seguridad del pago de mi pasaje; no lo consintió, protestando que no recibiria ni el valor de un maravedí. Nos despedimos muy afectuosamente dándome palabra de visitarme en Redriff. Y habiéndome prestado un escudo,

alquilé un caballo y un guía para mi marcha.

Mientras duró ésta, admirado todavía de la pequeñez de las casas, árboles, ganado y personas, me parecia que estaba en Lilliput, y temiendo estripar con mis piés á los viajeros que encontraba, solia darles voces para que se apartasen del camino, de suerte que en ocasiones estuve en riesgo de que me moliesen á palos cansados ya de mi impertinencia.

Llegué á mi casa y no me costó poco trabajo encontrarla. Salió un criado á abrir la puerta, y apareciéndome un postiguillo, tuve buen cuidado de bajar la cabeza al entrar por no rompérmela. Viendo á mi mujer que acudia á abrazarme, doblé el cuerpo hasta tocar con su guarda-piés, creyendo que no podria llegar de otro modo á mi boca. Mi hija se puso de rodillas esperando mi bendicion, pero no pude verla hasta que se levantó; tal era mi costumbre de estar siempre en pié mirando hácia arriba. Mis criados y dos ó tres amigos que se hallaron presentes se me figuraban pigmeos, y yo me creia un gigante. Reconvine á mi mujer porque habian vivido con tan extremada frugalidad, que su disminucion y la de mis hijas casi no permitia sombra. En una palabra, eran tan extraños todos mis procedimientos, que no hubo perso-

na que no fuese del dictámen del capitan cuando me vió en su navio, contestando uniformemente en que habia perdido el juicio. Refiero todas estas menudencias para hacer ver el poder del hábito y de la preocupacion.

En breve tiempo me acostumbé á mi mujer, familia y amigos. Mi mujer protestaba que no volveria jamás á embarcarme; pero mi mal destino lo dispuso de otra suerte, como podrá ver el lector en la continuacion. Entretanto, pongo aquí fin á la segunda parte de mis desgraciados viajes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

VIAJES DE GULLIVER.

TERCERA PARTE.

VIAJE Á LAPUTA, Á LOS BALNIBARBAS, Á LUGGNAGG, Á
GLUBBDUBDRIB Y AL JAPON.

CAPITULO PRIMERO.

El autor emprende un tercer viaje. Da en manos de piratas.
Malignidad de un holandés. Llega á Laputa.

Haria unos diez dias, poco más ó menos, que estaba en mi casa, cuando vino á visitarme el capitan Guillermo Robinson, de la provincia de Cornualles, capitan de *La Buena Esperanza*, navio de trescientas toneladas, con quien ya habia navegado de cirujano de otro navio mandado por el mismo en un viaje á Levante, y habia experimentado siempre muy buen tratamiento. Noticioso de mi arribo venia á darme el parabien, con cuya ocasion me preguntó si me habia fijado ya en mi casa para siempre, añadiendo que él meditaba un viaje á las Indias Orien-